

La incidencia de factores psicológicos en el proceso de adquisición de la lectura en el niño

Margarita REVENGA SÁNCHEZ

Introducción

Si se tiene en cuenta la capital trascendencia que el proceso de adquisición de la lectura en el niño puede llegar a tener en el ulterior desarrollo cognitivo del mismo, hasta el punto de poder condicionar en mayor medida que ningún otro proceso de aprendizaje su futuro, no ya escolar o académico, sino también intelectual y humano, no es de extrañar el peculiar énfasis que la psicología y la pedagogía han hecho en el análisis y conocimiento de los diversos factores que intervienen en dicho proceso. Numerosas investigaciones han abordado el estudio de las dificultades que pueden presentarse en el aprendizaje de la lectura, haciendo claro hincapié en el análisis de aquellos factores de índole física u orgánica capaces de justificar la aparición de dichas dificultades; sin embargo, existe una clara tendencia a ignorar o minimizar la importancia del conjunto de factores estrictamente psicológicos mediante los cuales un niño puede resistirse —pasiva o inconscientemente—, o bien negarse abiertamente a aprender a leer, a pesar de las evidentes ventajas que la adquisición de la lectura puede aportarle, actitudes que provocarán ineludiblemente problemas más o menos graves en el proceso de aprendizaje del niño y que se convertirán a medio plazo en una de las causas más comunes de fracaso escolar.

Motivación e iniciación lectiva

Entre todos los conocimientos que se adquieren en la escuela, ninguno es tan trascendental como la lectura. Por eso resulta de capital importancia la *forma* en que se aprende a leer, es decir, el modo en que el maestro presenta al niño el hecho de leer y su capacidad para transmitirle su verdadero valor y significación. Si el niño percibe desde un principio el hecho de leer como una experiencia interesante, valiosa, y sobre todo agradable y atractiva, entonces el esfuerzo que le supone este aprendizaje se verá compensado por todas las ventajas que se desprenden de la posesión de esta capacidad. Muy pronto experimentará un gran placer y una enorme satisfacción por el hecho de ser capaz de descifrar algunas palabras y, más adelante, de poder llegar a comprender oraciones y textos completos, todo lo cual le llevará a sentir una saludable confianza en su capacidad intelectual y en sus aptitudes académicas, que supondrá un valiosísimo punto de partida de su trayectoria escolar, al tiempo que le proporcionará la sensación de adquirir un enorme prestigio ante sus familiares y ante sus propios compañeros. Aprender a leer supone el primer gran logro en el que el niño debe poner en juego su propia voluntad, ya que por lo general el hecho de aprender a hablar se lleva a cabo de una manera casi inconsciente, debido a las implicaciones afectivas que subyacen en este aprendizaje y al precario grado en que se encuentra el desarrollo de la memoria cuando el niño adquiere sus primeras capacidades verbales. Antes de que el niño emita la primera palabra ya ha desarrollado todo un lenguaje gestual que le permite comunicarse con la persona más próxima (habitualmente la madre) y que le sirve para obtener una satisfacción inmediata de sus deseos. La comunicación entre el niño y el adulto se establece de este modo desde los primeros meses de vida, y es precisamente el creciente afán de satisfacción de sus deseos y necesidades lo que —acompañado de los progresos de su proceso de maduración neurológica y psicológica— lo va a impulsar a la adquisición del lenguaje. En condiciones normales, y en el supuesto de que no se den conflictos psicológicos de índole extraordinaria, no existe necesidad alguna de que nadie explique al niño las ventajas que supone el hecho de hablar, puesto que le resultan obvias desde un principio, sin olvidar, por supuesto, que —a diferencia del caso de la adquisición de la lectoescritura— se trata de un proceso de aprendizaje inherente a la naturaleza humana.

La lectura, sin embargo, supone un segundo tipo de lenguaje que le viene *impuesto* al niño; de ahí la crucial importancia de la forma en que le haya sido presentado el hecho de leer. Por esta razón, los aspectos técnicos del aprendizaje de la lectura y escritura deben siempre quedar supeditados a la motivación que el niño pueda sentir. Dicho en otras palabras, el niño difícilmente se sentirá predispuesto a aprender a leer, y a arrostrar el alto grado de esfuerzo que ello implica, si previamente no ha experimentado el desecho o no ha vislumbrado la necesidad de poderse comunicar a través del lenguaje escrito.

Siempre han existido niños que aprenden a leer antes de iniciar la escuela; niños que aprenden a leer en casa porque previamente se les ha fomentado o transmitido el gusto por la lectura mediante la lectura de cuentos en voz alta por parte de sus mayores. El niño aprende en ese caso a amar los libros —o cuando menos a sentirse atraído por ellos— antes de poder leerlos, puesto que ha captado el placer que sus padres y hermanos experimentan con la lectura y conoce el carácter gratificante de la misma. Es frecuente el caso de niños que esperan con ansiedad el momento de ir a la cama, en el cual van a poder vivir por vez primera la apasionante experiencia —en definitiva ya embrionariamente literaria— de desatar su imaginación guiados por un relato que previamente él ha elegido; y es lógico que el niño que posee esa vivencia se sienta muy favorablemente predispuesto a adquirir la capacidad de leer por sí mismo.

Este proceso natural —aunque infrecuente— de aprendizaje autodidacta de la lectura, en el que es el propio niño quien, en una actitud mimética con respecto a sus padres o hermanos, memoriza por sí solo las letras del abecedario, sobre las que ha solicitado tenazmente información a las personas de su entorno, y va adquiriendo por sí mismo los mecanismos de la lectura, es relativamente común en los niños altamente dotados que hablan aquellas lenguas —entre las que se incluye el castellano— en las que el sistema de escritura es altamente fonético. Este método de aprendizaje es probablemente idóneo, siempre y cuando se produzca de manera espontánea, y no a través de un forzado —y probablemente nocivo— proceso de entrenamiento por parte de los padres, ansiosos por desarrollar precoz y artificialmente unas capacidades para las cuales su hijo puede estar insuficientemente maduro. Entre las nada desdeñables ventajas que ofrece una edad de escolarización tardía —alrededor de los 7 años de edad—, vigente en nuestro país hasta hace no tantas décadas, se contaba la de dejar al niño tiempo suficiente para que sintiera la necesidad y el deseo de la lectoescritura, antes de que la escuela le ofreciera o le impusiera la adquisición de unas capacidades por las que a menudo no ha sentido hasta la fecha atracción alguna.

Pertinencia de los textos

Dentro del marco escolar, el proceso de aprendizaje de la lectura ofrece caracteres bien diferentes. Entre los factores de incitación a la lectura posee una singular importancia el tipo de texto al que el niño se enfrenta por vez primera. No es éste lugar para hacer una descripción acerca de los diversos métodos de aprendizaje de la lectura, ni mucho menos para analizar su grado de eficacia o ineficacia, pero debemos reparar en lo absurdo que debe resultar a los ojos del niño el hecho de repetir una y otra vez sílabas desprovistas de significado, si bien es indudable que todo aprendiza-

je requiere una serie de ejercicios previos, repetitivos, que le permitan el poder afianzar las habilidades necesarias. El niño no se opondrá a este entrenamiento siempre y cuando descubra su eficacia más o menos inmediata. Así, por ejemplo, dará por bien empleado su esfuerzo si al pasear por la calle es capaz de leer y comprender el significado de algunos rótulos comerciales.

Con respecto a la edad ideal para el aprendizaje de la lectura, cada niño tiene su propio patrón de desarrollo, de manera que unos maduran antes que otros. En ningún caso será aconsejable el aprendizaje de la lecto-escritura antes de que el niño adquiriera unas capacidades verbales suficientemente maduras. La precocidad o el retraso en acceder a dicho aprendizaje no es pues un aspecto decisivo. El niño aprende a leer cuando está preparado para ello y el pretender anticipar el momento adecuado tiene con frecuencia resultados contraproducentes.

Lectura y profusión audiovisual

Otro de los problemas con los que se enfrentan los niños en la actualidad es la absoluta primacía de la imagen sobre el texto. Nadie pone en duda hasta qué punto se puede simplificar el proceso del aprendizaje de cualquier materia cuando el texto se acompaña de imágenes ilustrativas. Hasta tal punto es importante la representación iconográfica que el niño comienza a sentirse atraído por el libro gracias al tentador cebo que suponen para él las imágenes o ilustraciones que lo acompañan. A lo largo de su desarrollo intelectual, en los comienzos de la *simbolización* (etapa *preoperatoria*, según la teoría de Piaget), ésta se ve favorecida si el niño maneja imágenes que potencien el desarrollo de la imaginación y de la fantasía. Es incuestionable que las ilustraciones de los libros y cuentos facilitan sobremedra el aprendizaje de la lectura y ningún método de lectura desatiende, por tanto, este aspecto.

Sin embargo, por lo general —y de manera creciente—, el niño está en la actualidad sometido a un casi continuo bombardeo de imágenes —fundamentalmente a través de la televisión— que en la inmensa mayoría de los casos ejercen una auténtica fascinación, cuya asimilación resulta por añadidura extremadamente cómoda, y que tiende a desplazar en gran medida el interés hacia la palabra escrita, que requiere un esfuerzo infinitamente superior de concentración. La profusión de imágenes vertida por la televisión propicia en el niño una actitud pasiva hacia el aprendizaje, que no potencia adecuadamente sus habilidades cognitivas. Al niño se le suministra la información de manera tal que, con un mínimo esfuerzo y fundamentalmente a través de las vías sensoriales, el contenido le «llega» de forma inmediata. Ahora bien, para *aprender* hay que *comprender*, y la comprensión exige la utilización de todas las habilidades cognitivas de que el niño dis-

pone. La comprensión exige en primer lugar una cierta *motivación* que supone: 1) Capacidad de atención, que permita al niño seleccionar aquellos estímulos que resulten significativos (interesantes) en una situación de aprendizaje. 2) Utilización de la memoria a corto plazo, que le permita la asociación con otros términos o aspectos ya conocidos. 3) Utilización de la memoria a largo plazo, que le permitirá «archivar» un conocimiento determinado, y a su vez utilizarlo cada vez que sea requerido.

Si la percepción de la imagen no se ve acompañada por la puesta en funcionamiento de estos recursos, perderá en gran parte su valor pedagógico y podrá incluso llegar a entorpecer la potenciación de gran parte de las aptitudes intelectuales (al niño le resulta mucho más fácil ver un cuento en vídeo que leerlo).

Esta situación contrasta violentamente con la vigente hasta hace sólo algunos lustros en la que, a través de canciones, refranes, versos, adivinanzas, oraciones, etc, el niño recibía desde edades muy tempranas numerosos estímulos de naturaleza verbal, que lo sensibilizaban hacia la palabra hablada —las más de las veces de tipo literario o paraliterario— y que le exigían de modo natural un cultivo de la memoria y un considerable grado de sensibilización hacia el ritmo y hacia los elementos prosódicos de la lengua.

Por otra parte, en el proceso de aprendizaje de la lectura, en la actualidad a menudo se presta escasa atención a la evolución lógica y progresiva que se debe producir desde que el niño accede al nivel de *lectura mecánica* hasta que consigue alcanzar el estadio superior y definitivo que conferirá a la lectura el valor de un verdadero instrumento (*lectura comprensiva*).

Es curiosa la frecuencia con que tanto padres como educadores tienden a menospreciar el «comic» como forma inferior de lectura, cuando lo cierto es que el alto grado de apoyo del texto en la imagen puede suponer un utilísimo instrumento que sirva de eslabón en la evolución que va de la lectura mecánica a la comprensiva, al mismo tiempo que puede facilitar al niño, habituado a la recepción de las imágenes cinematográficas y televisivas, el proceso de aproximación a la lectura de una manera asequible que no implica necesariamente —más bien al contrario, como la experiencia a menudo demuestra— una situación de anclaje en la lectura de textos de escasa calidad literaria y contenido intelectual, sino más bien como un posible trampolín hacia el cultivo de lecturas de contenido literario.

En definitiva, la inmensa mayoría de los niños, aprende a leer, antes o después, de manera más o menos correcta. Sin embargo, sólo una minoría adquirirá la capacidad de encontrar placer en la lectura, capacidad de la que se beneficiará durante el resto de su vida. El elevado número de niños para los cuales la lectura y lo que esta les brinda constituye una experiencia poco grata que prefieren evitar debe ser causa de verdadera preocupación.

Dado que la mayoría de las personas solamente leen cuando les interesa aquello que están leyendo, todos los esfuerzos desde el comienzo mismo del aprendizaje deberían ir encaminados en este sentido. Sólo cuando empezamos a responder personalmente al contenido del texto y captamos su mensaje, logramos algo más que un simple desciframiento o percepción de palabras para comenzar a asimilar significados. Participamos de la lectura porque somos capaces de comprender lo que el texto significa, pero al valor puramente denotativo de la palabra se suma, como elemento de capital importancia a la hora de dar sentido pleno a la lectura, la «resonancia» que las palabras evocan en nuestro inconsciente (*connotación*). Cuanto más inmaduro sea el lector desde el punto de vista intelectual, menos capacitado estará para implicarse emocionalmente en la lectura de un texto. Por su parte Piaget describió extensamente el modo en que los niños tienden a asimilar experiencias haciendo uso de su sistema de significados (*asimilación—acomodación*), es decir, el modo en que la información nueva es asociada con aquello que ya conoce, con el fin de acomodarse a las características del material nuevo y alcanzar un estadio más elevado de desarrollo intelectual.

Parece lógico, por otra parte, que al tratar de enseñar a leer a un niño se tenga en cuenta todos los aspectos que configuran su personalidad. Lo que se necesita para conseguir que un niño desee aprender a leer no es tan sólo el conocimiento de la utilidad inmediata de la lectura, sino además el convencimiento de que saber leer abrirá ante él todo un mundo de experiencias interesantes y de acontecimientos imaginarios.

Cuando el niño se desarrolla de forma armónica, existe un equilibrio entre las exigencias externas y los procesos internos. La naturaleza de sus relaciones con el adulto condiciona, como ya dijimos, la disposición con que el niño se enfrenta a la lectura. Si los padres y el maestro han logrado establecer una relación positiva con el niño, éste deseará complacerlos y se sentirá gratificado por dicha complacencia. Por el contrario, si la relación es negativa, pueden producirse bloqueos y resistencias que conduzcan al rechazo. En estos casos las presiones por parte del adulto no suelen servir sino para agravar la situación.

En suma, podemos concluir estas líneas insistiendo en que el desarrollo de la capacidad de lectura en toda su profundidad y pluralidad de matices y funciones, de manera que trascienda su función mecánica para convertirse en verdadero hecho cultural, capaz no sólo de constituir un instrumento imprescindible de comunicación sino también de convertirse en una de las actividades más elevadas, fructíferas y enriquecedoras de que es capaz el ser humano, requiere todo un delicado proceso de motivación y sensibilización que debe ser iniciado en edades muy tempranas, incluso antes de que el niño tenga edad de aprender a leer, y en el que la influencia del medio familiar, la actuación de los padres y el enfoque pedagógico de los educadores desempeñarán a partes iguales un cometido de crucial importancia en el desarrollo intelectual y psicológico del niño.